Un susurro entre cúpulas A whisper between domes

M.Sc Irene Carreras Hernández
Profesora de Danza en la Escuela Nacional
de Arte (ENA).
Cuba.
irenecarrerash@gmail.com

Recibido 03/11/2014
Aceptado 27/01/2015

Revisado 16/01/2015
Publicado 29/06/2015

RESUMEN

El presente artículo representa una síntesis de parte del trabajo de campo ejecutado por la autora en el 2013 en la Escuela Nacional de Arte de Cuba especialidad danza, el mismo se realizó como parte de la tesis de maestría que abordó los diferentes tipos de violencia que se pudieron constatar en la antedicha institución escolar, donde se forman los futuros bailarines y bailarines del país.

ABSTRACT

They sum up : The present article represents a synthesis on the side of the fieldwork executed by the author in the 2013 at Arte's School Nacional of Cuba specialty, dance, the same it came true like part of the thesis of mastery that tackled the different kinds of violence that could become verified at the above-mentioned school institution, where the dancing futures and dancers of the country take shape.

Palabras clave / Keywords

Violencia sistémica, danza, cuerpo. / Systemic violence,
dance, body.

Para citar este artículo

Carreras Hernández, I. (2015). Un susurro entre cúpulas. Tercio Creciente, 8, págs. 61-66.
<http://www.terciocreciente.com>

Un susurro entre cúpulas.

Cuando comencé a dar clases, en la Escuela Nacional de Arte (ENA) de Cuba, el reto era grande por lo que ello representaba, acababa de egresar de la Universidad de las Artes y comenzaba a emprender mi vida laboral por lo que, vivía interrogándome, las preguntas se acrecentaron, no así las respuestas, las bases de mi formación dancística, no me proporcionaban modelos para enseñar a estudiantes diversos, si tenemos en cuenta que cada cuerpo porta su historia individual. Siempre tuve claro, primero como estudiante y luego como maestra, que el acercamiento al mundo dancístico somete al cuerpo a retos que obligan al bailarín a realizar acciones que van desde intentar jugar con la gravedad, hasta luchar con el propio cuerpo y vencerlo en la búsqueda de elementos tan importantes para esta práctica, como la elasticidad y la fuerza.

Desde el inicio de mi carrera como profesora de danza, me centré en lograr que los estudiantes desarrollaran habilidades técnicas que les permitieran alcanzar limpieza técnica, y ofrecerles las herramientas necesarias para que los mismos desarrollaran capacidades físicas por lo que, también fui presa de ese tecnicismo como práctica cotidiana en la enseñanza de la danza, por lo que considero que como profesora novel se me escapaba que tan importante en estos procesos era el qué se aprendía como el para qué se aprendía. Así quedé atrapada en el arquetipo de creer que las técnicas son suficientes para crear artistas. Un buen día, comencé a dirigir mi mirada fuera de ese espacio simbólico y signico que son los salones de clase, para escuchar los susurros de los estudiantes. Para ello, hube de observar y entrevistar a aquella muestra que seleccioné para realizar mi trabajo de campo. Se trataba para mí de dar voz a los educandos, encender sus voces apagadas simplemente escucharlos. Fue en esta pesquisa que afloró entre cúpulas, la presencia de la violencia sistémica dentro de los procesos de enseñanza-aprendizaje de la danza en la Escuela

Nacional de Danza de Cuba.

A pesar que en la última década han sido numerosos los estudios que se han realizado acerca de la violencia y las repercusiones tanto físicas como psicológicas que la misma acarrea, tanto para el que la ejerce, como para el sometido y aun cuando se realizan investigaciones en nuestro país, rectoradas por el Instituto Cubano de Antropología que abordan el maltrato infanto-juvenil y de género, se hace cada vez más inminente dirigir nuestra mirada hacia las aulas, y fuera de ellas, pues su alcance nos toca a todos.

La violencia dentro del plano escolar generalmente, es difícil de asumir por docentes e instituciones, si se tiene en cuenta la necesidad de cambios de conceptos, estrategias y rutinas anquilosadas que se siguen empleando en la práctica cotidiana.

Es por ello, que develar aquellas manifestaciones de violencia que se hallan entronizadas en el proceso de enseñanza-aprendizaje a partir de arquetipos construidos sobre cómo debe ser un profesor de danza, desempeña un papel tan importante en el contexto socioeducativo. Toda vez, que se es capaz de advertir que en algunos momentos se presentan expresiones veladas de violencia en dicho proceso, que no en pocas ocasiones pasan inadvertidas pues se asumen por estudiantes y profesores como parte de la dinámica de la clase. Asimismo, el tema se devela abrupto y provoca resistencias en tanto muchas veces ni los maltratadores ni los maltratados reconocen o se reconocen como tal. La violencia sistémica deambula casi imperceptible dentro de los salones de clase y en los rostros inseguros de aquellos estudiantes que muchas veces ni siquiera son capaces de reconocer que sucede, los menos solo se sienten desalentados y ahogan sus voces entre ellos, se enfurecen, ceden y vuelven cómplices a los salones, reconfortándose con la idea que el mañana puede ser mejor.

Cuando me pude apartar el velo que me envolvía como maestra y comencé a cuestionarme y cuestionar aquellas construcciones legitimadas para la enseñanza de la danza me acerqué casi sin querer al problema. Entonces fue que verdaderamente escuché y observé, los relatos de aquellos que padecen y en no pocas oportunidades ejercitan la violencia. En el recorrido de este camino me reconocí más humana y perfectible, pero más real. Fui partícipe y protagonista del silencio de los estudiantes ante actitudes injustas y en ocasiones violentas por parte de los docentes.

Del mismo modo, el fenómeno es observable en otras direcciones dígame de estudiantes -que los llamaría los más fuertes- hacia sus compañeros y maestros, y de directivos dirigidas a maestros y estudiantes. Fue en este contexto donde surgieron dos interrogantes que quizás marcaron el punto de partida de mi investigación: ¿Qué efectos tiene sobre los estudiantes de danza la depuración a la cual son sometidos y que elimina a los menos aptos, so pretexto de prepararlos para la vida artística fuera del techo académico? ¿Qué se les brinda en la escuela y por qué siempre regresan? Las repuestas a estas interrogantes fueron disímiles y giraron alrededor de: lograr sueños, conseguir un lugar en una compañía, alcanzar metas inconclusas. Por su parte los maestros coincidentemente planteaban que para formar bailarines cualificados y depurados técnicamente era necesario hacer grandes sacrificios que incluían en ocasiones soportar y resistir a los maestros.

Cada vez que me adentraba más en mi trabajo de campo en un tema que por demás, no tenía antecedentes en la danza en Cuba podía descubrir mediante el relato de mis estudiantes los más diversos tipos de violencia no obstante, centraré en este artículo la atención en la violencia sistémica y sus repercusiones para dar voz a aquellos que me acompañaron y todos los días lo hacen en los salones de clase.

Cuando se analiza violencia sistémica no se puede dejar de destacar que ella lleva implícita una serie de características tales como: tornarse institucionalizada y por ende imperceptible y ser asumida por parte del profesorado y estudiantes como práctica cotidiana entre otras.

Cuando Pacheco, A (2007) aborda la violencia sistémica reconoce que ella abarca un amplio espectro y que puede pasar inadvertida por quienes están involucrados

(...) se ha definido la violencia sistémica como: cualquier práctica o procedimiento institucionales que produzcan un efecto adverso en los individuos o en los grupos al imponerles una carga psicológica, mental, cultural, espiritual, económica o física. Aplicada a la educación, significa prácticas y procedimientos que imposibiliten el aprendizaje de los alumnos causándoles así un daño. (Epp y Wattkinson, 1999 en Pacheco. 2007, pp.11-12).

En otro momento y según Pacheco, A (2007, p.100) afirma que:

(...) en ocasiones el maestro pide lo que no da, espera que sus alumnos sean tolerantes cuando les grita y les infunde temor. En este caso es evidente la contradicción por parte del maestro, que espera que el alumno acepte y no proteste pues cuando lo hace se le adjudica un carácter impulsivo o irracional. Los gritos pueden perjudicar el trabajo que el alumno desea realizar, influyen en su concentración y le hacen sentir intimidado o agredido.

No obstante, la autora al cuestionarse ¿En qué radica la diferencia del grito de alerta, del de corrección, o del de ofensa? Asume que "es difícil definirlo, porque mientras algunos alumnos sienten que les ayudan a otros les perjudican, lo que nos muestra una característica de la violencia sistémica" Pacheco, A (2007, p.101).

En el proceso de entrevista se pudo corroborar que la totalidad de la muestra seleccionada considera que si el maestro está bien capacitado ellos y ellas toleran hasta la violencia física, porque el profesor lo hace por su bien, para que sean buenos bailarines, sin embargo si el maestro no está bien capacitado no lo tolerarían. Aspecto que corrobora cuan arraigada y solapada se halla la violencia sistémica desde el momento en punto en que el violentado legitima a su opresor desde la construcción simbólica que ha elaborado.

Por su parte (Epp y Watkinson, *Ibídem* 1999, p.19) asumen que:“(...) la violencia sistémica se encuentra en cualquier práctica institucionalizada que afecte desfavorablemente a los estudiantes. Para ser perjudiciales, no es necesario que las prácticas produzcan un efecto negativo en todos los alumnos”. Grosso modo, se pudieron reconocer signos de violencia sistémica en la escuela estudiada en la concepción del horario de los estudiantes de danza, toda vez, que no se cuentan hasta el momento, en la Escuela Nacional de Danza de Cuba, con estudios científicos que abalen la carga física que de acuerdo a la edad el adolescente puede soportar. Es conocido que cuando le imponemos una carga física a los educandos que sobrepasa las posibilidades reales del adolescente estamos causándole daño. Asimismo se pudo corroborar que en no pocas ocasiones los horarios fueron concebidos en función del profesorado ignorando a los estudiantes.

En otro sentido es importante apuntar que las estrategias utilizadas por los maestros que conformaron la muestra para corregir habilidades técnicas, no siempre son adecuadas. El tiempo a que son sometidos en una misma posición los estudiantes -digamos en relevé- no siempre es tema de discusión entre el claustro pues todo se proyecta hacia la búsqueda de la tan ansiada (limpieza y virtuosismo). Por su parte las extenuantes e interminables horas de ensayo, deficitarias si las comparamos con las de descanso y sin tener muy en cuenta la alimentación de los educandos van dibujando el mosaico que suele complejizarse cuando el maestro hace observaciones hirientes sobre el cuerpo del que aprende.

Los bailarines emprenden por sí mismos un camino de arduo trabajo y sacrificio para desarrollar altas capacidades corporales e interpretativas, conforme a cánones predeterminados y la violencia sistémica resulta eficaz y funcional, por lo que se ha convertido en una práctica sedimentada e incuestionable. Me parece importante traer a colación a Pacheco cuando esgrime que cuando nos amoldamos a la manera en que son las cosas perdemos la capacidad de criticarlas, de mirar alternativas y por ende, de luchar por ellas. Pacheco, A (2007, p.10).

No por antigua, ha dejado de ser una experiencia aquella llevada a cabo por los docentes que imparten danza cuando utilizan métodos violentos a la hora de hacer correcciones en la postura de los estudiantes. Estos pueden recorrer un amplio abanico que va

desde golpear, hasta mutilar el cuerpo con alfileres, sobre todo en las mantenciones de las piernas¹. Afortunadamente son menos los docentes que continúan utilizando estas prácticas que lejos de alcanzar soluciones, acarreaban lesiones severas a corto y largo plazo. Sin embargo, tanto maestros como estudiantes siguen legitimando estos procedimientos medioevos en el proceso de enseñanza-aprendizaje como parte de la praxis danzaria, y se asumen por los involucrados como necesarios.

Otro aspecto que considero de suma importancia señalar es aquel que se refiere a la alimentación y el peso corporal de los estudiantes de danza ya que al no existir en la Escuela Nacional de danza un nutricionista capacitado en esta área, todo lo relativo al peso corporal se vuelve sumamente subjetivo. Por esta suerte, tanto maestros como estudiantes sugieren dietas que no se sustentan en el conocimiento científico de un especialista en esta área. El asunto se torna mucho más difícil si tenemos en cuenta que nuestros estudiantes entran a la academia en un momento de tránsito entre la niñez y la adolescencia, ello trae consigo grandes cambios hormonales y psicológicos y atendiendo al biotipo de las cubanas ellas son las que más sufren. Es consabido que los estudiantes de danza sufren muchos problemas físicos y emocionales, como consecuencia de la deficiente alimentación, súmele a eso el poco conocimiento que tanto padres como profesores tienen al respecto.

Asimismo, las evaluaciones a las cuales son sometidos los que aprenden en los extensos años de estudio de la danza generan en él y ella incertidumbre y ansiedad por el miedo que provoca en los educandos ser desaprobados en exámenes por exceso de peso corporal, o lo que es peor por la idea que ha sistematizado y legitimado el claustro docente de lo que es un cuerpo apto para bailar. Ello hunde sus raíces en la obtención de los cánones de belleza específicos para dicha especialidad y lleva implícito una alta dosis de violencia sistémica. Súmele a este aspecto el hecho que de por sí la danza implica violentar a un cuerpo que no está diseñado anatómicamente para realizar estas actividades físicas. Numerosas investigaciones dirigidas a lesiones de

1 Este relato se obtuvo en entrevista realizada en el 2013 a un profesor de danza que fue testigo de este tipo de violencia por parte de su maestro.

bailarines indican que son diversos los motivos, aunque los más notables son anomalías ortopédicas y desórdenes alimenticios, acrecentados por malas prácticas técnicas, mal entrenamiento y fatiga.

Un estudio realizado en 1987 por las doctoras Irma Pérez Ruvalcaba y Rosa María Fonseca Moreno en el Centro Nacional de las Artes (CNA) nos explica que los problemas más frecuentes son:

De la columna, de rodillas, de tobillos y de pies. Se menciona que al estudiar a 34 bailarinas que se entrenaban con la técnica Graham, 28 presentaron lesiones, cuya frecuencia por región anatómica es la que se muestra a continuación: el tobillo tenía 15 casos (53.57%), el muslo 4 casos (14.28%), la rodilla 2 casos (7.14%), el pie 2 casos (7.14%), la mano 2 casos (7.14%), la clavícula un caso (3.57%), la columna un caso (3.57%) y el hombro un caso (3.57%). Estos resultados nos demuestran que algunas prácticas técnicas pueden dañar gravemente el cuerpo del danzante. (Pérez y Fonseca, en García, R 2004 s/p).

Precisamente en la Escuela Nacional de Danza (ENA) se ha legitimado la técnica Graham de piso como fuente indispensable para la formación académica de los estudiantes, aun cuando en nuestro país sean escasas las investigaciones sobre este tema, cada año son más los discípulos lesionados e inconformes con el uso del piso, por la fuerte repercusión que este trae a las rodillas principalmente, y el uso indiscriminado del mismo por parte de algunos maestros y los aletargados tiempos a que son sometidos los estudiantes en las correcciones.

No se puede obviar que lo legitimado institucionalmente puede determinar el comportamiento de estudiantes y profesores, es por ello que las propuestas que no estén diseñadas teniendo en cuenta lo emotivo, pueden acarrear problemas irreversibles y frustraciones a corto y largo plazo. La violencia sistémica abarca diferentes rubros que pueden filtrarse fácilmente entre las normas, la disciplina, las miradas, los comentarios, las evaluaciones, et al.

En la pesquisa desarrollada se pudo constatar que los

maestros no solo podíamos ser los opresores simbólicos o reales sino que, los estudiantes por su parte potenciaban la violencia sistémica y la ayudaban a existir.

Pacheco asiente que:

las formas violentas pueden ser muy evidentes o casi imperceptibles como un gesto, una mirada, o una omisión. Se trata de una red de acciones institucionalizadas en donde no hay un culpable y una víctima, sino que se desprende de las normas, reglas, hábitos u órdenes de autoridades que ponen en función las prácticas sedimentadas que se vuelven ordinarias, familiares y por lo tanto, incuestionables (Pacheco, A 2007, p.51)

Otros autores consideran que:

La violencia sistémica no es el daño intencionado que individuos despiadados infligen otros desafortunados. Por el contrario, son las consecuencias involuntarias de procedimientos aplicados por autoridades bienintencionadas que creen que las prácticas están al mejor servicio de los alumnos. La violencia sistémica es insidiosa porque quienes están implicados, tanto quienes la ejercen como quienes la padecen, suelen ser inconscientes de su existencia. (Epp y Watkinson, en Pacheco, 2007 p.51)

Concertar que no es la búsqueda de culpables en este particular porque no los hay, y tomar conciencia del fenómeno me parece una vía para comenzar a trabajar en la búsqueda de algunas soluciones. Para ello considero prudente discutir el tema con mucha sinceridad y crear redes sociales en aquellas instituciones donde se aprenda danza que nos permita analizar entre todos los implicados procedimientos trazados, normas establecidas, actitudes empleadas y maneras de hacer para alcanzar el fin que en este caso es la formación de los bailarines.

Lo que si me queda claro es que debemos tratar de escapar del conformismo y de repetir frases hechas tales como: "así son las cosas, qué le vamos a hacer, siempre se ha enseñado de esa manera, o bueno, los métodos no serán tan buenos pero los resultados si, en

fin, es necesario “ huir de ese embotamiento como lo llamara Prieto , buscar soluciones que prescindan de su uso, o al menos variables más bajas, solo nos acercará a la formación de mejores seres humanos.

Embotamiento: aplanamiento o falta de reacción a los estímulos violentos; se llega a reacción reducida contra la violencia como instrumento, reacción reducida contra la persona que la emplea, preocupación reducida hacia la víctima; llevado esto a la indiferencia total, estamos ante un proceso de deshumanización (Prieto, en Pacheco, 2007, p.52-53).

No he pretendido ofrecer recetas que nos permitan abatir la violencia sistémica, esta investigación está muy lejos de ello, pero sí denunciar una práctica que nos envuelve unas veces más nítidamente otras menos, a todos aquellos que nos dedicamos a la enseñanza de la danza. El propósito que sigo con esta pesquisa y que si creo prudente es que los implicados

en el proceso de enseñanza aprendizaje de la danza podamos distinguir la línea imperceptible que separa a la organización escolar de una práctica legitimada desde el poder hasta aquellos que no lo ostentan de la violencia sistémica.

Consideraciones finales

-La violencia sistémica se ha convertido en una mala práctica legitimada tanto por los profesores como por los estudiantes de danza, su empoderamiento en las instituciones dancísticas descansa en las construcciones simbólicas que se han elaborado sobre el cuerpo del bailarín y el rol del maestro de danza.

-Se precisa en instituciones donde se formen bailarines la presencia de un nutriólogo como especialista capacitado para emitir juicios objetivos sobre el peso corporal y la alimentación de los estudiantes de danza pues tras esa construcción social hecha para la figura del bailarín se agazapa la violencia sistémica que recorre todos los componentes del proceso de enseñanza aprendizaje de la danza.

Referencias

Carreras, I (2013). Algunas manifestaciones de violencia en el proceso de enseñanza-aprendizaje de la danza en la Escuela Nacional de Arte. Tesis de Maestría inédita.

García, R (2004). Innovación, cultura y poder en las instituciones educativas. PDF

Katz, R. (2004). Sin pedir permiso sale el sol. Reflexiones y propuestas sobre educación, derechos humanos y comunicación en el contexto de la vida cotidiana. 3ra ed. Ecuador: [s.n.].

Pacheco, A (2007). Violencia sistémica en la enseñanza de la danza contemporánea en la Escuela de Iniciación Artística no. 2: La voz de los alumnos